

Los buitres le hicieron sonreír. Por la altura y la forma en que planeaban, Bid supo que allí todavía quedaba algo de carne: sería mucho mejor que romper los huesos de una carroña para alimentarse del tuétano. Con suerte, con mucha suerte, tal vez se tratara de algún animal moribundo y entonces podría comer hasta hartarse.

En una rama dejó el hato que contenía sus escasas posesiones, para que no le estorbase, y comenzó a trotar, pero no hacia los buitres: habría sido imprudente. Calculó una trayectoria que le permitiera acercarse de cara al viento, de forma que el aire le trajera el olor y el sonido de cualquier predador agazapado. Porque, como siempre repetía su madre, un hombre solo no es cazador, sino presa. Y por primera vez en su vida, él estaba solo y se sentía vulnerable. Sin detenerse, olfateaba el aire con su gran nariz, buscando una señal de peligro. Y de pronto, antes de verlas u olerlas, las oyó, y comprendió que hoy tampoco habría comida. Las temibles y odiadas hienas cavernarias se le habían adelantado.

Con un suspiro resignado, se detuvo y comenzó a subir, lentamente, una colina desde la que observar la escena. Allí estaban, enormes y malolientes, devorando los restos de un onagro, el asno salvaje, mientras lanzaban siniestros aullidos.

Aunque Bid sabía que las hienas cavernarias no solían dejar ningún resto aprovechable, porque arrastraban los esqueletos hasta sus cuevas, decidió esperar. Tal vez olvidasen algún hueso para romper.

¡Si estuviera allí su tribu! De lejos, las habrían ahuyentado, protegiéndose unos a otros con las lanzas. Aunque ni él ni nadie sabía contar más allá de cinco, todos percibían de forma instintiva si el número de hombres era suficiente, según una regla inmemorial aprendida tras muchas escaramuzas, heridas y muertes. Desde niño sabía que hacían falta dos hombres por cada hiena cavernaria, tres hombres por cada león cavernario, un hombre por cada perro salvaje...

Bid se entregó a nostálgicas consideraciones, tratando de olvidar el hambre y sus inevitables compañeras: la ira y la tristeza. Tenía que admitir que, aunque se consideraran a sí mismos cazadores, los humanos preferían arrebatar las presas a otros predadores. Era más fácil que correr tras un ciervo o un caballo. Sí, la caza resultaba agradable, y matar constituía un placentero colofón a una agotadora carrera de resistencia, pero muchas veces se escapaban las presas y los cazadores habían de volver a la tribu con las manos vacías y empapados de sudor. Sin embargo, ahora Bid se hallaba solo y no podría ahuyentar ni siquiera a unos pocos perros. Y se encontraba en peligro: incluso un simple leopardo, si le sorprendía por la espalda, podía matarlo. Con un nuevo suspiro, se subió a un árbol desde donde podía contemplar a salvo el espectáculo de las hienas cavernarias despedazando el cadáver del onagro sin que ningún predador pudiera atacarle. Los lugares donde hay carne siempre eran un peligrosos, o mejor dicho, más peligrosos que otros, porque el olor de la muerte atraía a las fieras: ni siquiera los imponentes leones cavernarios desdeñaban acercarse para arrebatar la comida a otros cazadores más débiles.

Una vez en el árbol, Bid trató de olvidar las punzadas de hambre que lo acosaban a la vista de la sangre fresca. Llevaba varios días alimentándose tan sólo de frutos, setas e insectos, y notaba que no era suficiente para mantener su cuerpo musculoso; pero todavía no se sentía tan débil como para olvidar su orgullo y regresar vencido a su tribu y a su madre.

Él solo no podía cazar. ¿Cómo agotar a un ciervo, un caballo, un onagro, o tan siquiera a un gamo? ¿Cómo empujarlos hacia un desfiladero sin salida, hacia una ciénaga o hacia un precipicio? Y no digamos nada de atacar a presas más peligrosas, uros, jabalíes o bisontes, que se revuelven contra sus atacantes. Bid desechó los jabalíes: su tribu no se atrevía a atacar a los machos, cuya espesa piel los protegía de las lanzas y cuyos colmillos podían desgarrar el vientre de cualquier cazador. No merecían la pena.

De nuevo, el estómago de Bid se contrajo exigiendo comida en vez de pensamientos. No

quería rendirse ni regresar a su tribu derrotado. ¿Perdonar las ofensas, como si nunca las hubiera escuchado? ¡Jamás! Había prometido llegar hasta el Gran Río y tenía que llegar hasta él.

Las hienas cavernarias terminaron de saciar su apetito y se marcharon. Bid se apresuró a bajar del árbol y corrió hacia los restos, antes de que los buitres acabasen con lo poco que hubiera quedado, pero su esfuerzo se reveló inútil. Apenas un par de pezuñas. El joven Bid tomó un palo del suelo y comenzó a golpear arbustos y matorrales para descargar su enojo:

- ¡Me meo en esa porquería de hienas! ¡Ojalá coman mierda el resto de sus podridas vidas! Sin embargo, esto lo musitaba en voz baja, porque no quería atraer a ninguna fiera que estuviera tan hambrienta como él.

Jadeante, arrojó el palo y recogió su lanza, que antes de liberar su enojo había depositado en el suelo con todo cuidado para que la punta de sílex no se rompiera; caminando ya sin prisa regresó a donde había dejado sus cosas al ver a los buitres. Una charca, que a la ida no había despertado su atención, le recordó que, además de hambre, ahora sentía sed. Sin embargo, antes de beber, comprobó que no se ocultase alguna fiera por los alrededores; cuando por fin se sintió seguro, acercó los labios al agua. Al inclinarse sobre ella, vio su rostro reflejado. Y al mirarse, comprendió por qué los hombres de su tribu no le hacían caso: ¡era demasiado joven! Pero no un niño. Ya no.

Su piel enrojecida por la intemperie aún estaba tersa, sin mostrar las arrugas y callosidades habituales en los adultos; sus espesas cejas apenas eran tan gruesas como un dedo y, aunque no estaban mal, todavía no daban a sus ojos la ferocidad que infundía temor en las tripas de los enemigos y obligaba a los compañeros a mostrar respeto: aún tendrían que engrosarse mucho más. Su nariz, en cambio, estaba bien proporcionada; ya no era pequeña como la de un niño; sino grande y prominente, propia de quien debe oler el peligro y correr tras las presas durante largas distancias en el calor del verano y la gelidez del invierno. Sí, concluyó, su nariz era la parte más satisfactoria de su rostro.

Mostró los dientes en una mueca. Eran fuertes, capaces de triturar bellotas y sujetar útiles pesados; pero todavía no impresionaban. Retiró los labios en un gesto agresivo, mientras de su garganta surgía un rugido quedo. No, no era suficiente. Volvió a probar, tratando de mostrar una ira mayor. Inútil. Como mucho, su gesto quería decir "te voy a morder"; nadie captaría su verdadero significado: "te voy a comer".

Debido a su juventud, los hombres de su tribu no le mostraban respeto y le mandaban los trabajos más desagradables. En las asambleas de cazadores, cuando cada noche decidían por dónde se emprendería la cacería del día siguiente, no le hacían caso. Cuando él hablaba, los demás aprovechaban para rascarse, para añadir un tronco a la hoguera, para orinar o incluso para afilar las lanzas. Bostezaban, miraban para otro lado y, de todas las maneras posibles, le hacían saber que su opinión no les interesaba. Y lo que Bid había imaginado como una audaz y astuta propuesta, terminaba entre balbuceos incoherentes, cohibido por tales muestras de indiferencia. Por fin, se callaba y se encerraba en un enfurruñado silencio que era acogido por los demás igual que sus palabras: como si no existiera.

Tenía tres amigos, nacidos en su mismo ciclo de estaciones, y que, como él, habían sobrevivido a la infancia, cuando tantos niños morían. También ellos se sentían injustamente tratados y se prometían que, cuando fuesen jefes, harían que todos respetasen a los jóvenes y los escucharan. Al comer, lo harían al mismo tiempo que los adultos, sin tener que esperar a que terminasen, y saborearían vísceras untuosas, como ellos, y no sólo carne y tuétano.

Pero lo que más odiaba Bid era el trato que le dispensaban las mujeres de la tribu. Incluso las más jóvenes lo menospreciaban y preferían unirse a fuertes cazadores de espesas cejas y pobladas barbas que las hacían sentirse protegidas, y de quienes recibían sabrosos obsequios. Para ellas, Bid y sus tres compañeros seguían siendo niños. Con gusto las habría golpeado

con el mango de su lanza; pero los hombres no lo tolerarían, como no permitirían tampoco que las forzaran. No lo entendía muy bien, pero las cópulas establecían relaciones cómplices entre hombres y mujeres, y un cazador siempre protegía a las mujeres con las que hubiese yacido recientemente, es decir, a todas las de la tribu. Que tampoco eran muchas... como los dedos de los pies y las manos juntos. Bid frunció el entrecejo al intentar calcular el número sin disponer de las palabras adecuadas, incluso la simple idea de una cantidad concreta superior a cinco le resultaba inquietante. Tal vez fuesen menos o más, resultaba imposible saberlo. Aproximadamente, en su tribu había igual número de hombres y de mujeres. Porque si cada ciclo de estaciones morían uno o dos cazadores al tratar de capturar una presa, también fallecían una o dos mujeres durante los partos.

Bid rechinó los dientes al recordar que aún no había podido unirse a ninguna mujer, sólo intuía que debía de ser muy agradable, por lo que decía todo el mundo. Sabía bien cómo se hacía, pues nadie se ocultaba; pero nunca lo había practicado. Si pudiera conseguir un hígado, o incluso unos riñones, para obsequiar a una hembra, seguro que ella le miraría con simpatía y le permitiría entrar en su cuerpo. Pero mientras no tuviese barba...

Se palpó su barbilla sin mentón, como hacía a menudo. Seguía sin crecerle ni un pelo y, por tanto, todavía no era un hombre auténtico, a pesar de que casi había alcanzado la estatura de un adulto. Sin barba, no tenía derecho al reparto de vísceras; y sin vísceras, no había hembras. Además, a las mujeres les gustan las barbas, pues constituían una señal clara de masculinidad. Con un poco de barro de la orilla, Bid se untó el rostro para simular una barba. Su cara se transformó en la de un adulto. Suspiró. Él y sus amigos habían probado todo tipo de plantas y sustancias, sin éxito. Se habían frotado con tallos y hojas vellosos, pues si eran plantas con pelos, tendrían que hacer crecer el pelo; pero fue inútil. Incluso probaron con ortigas; no consiguieron sino quemarse la piel. También habían usado tierra fértil amasada con agua, en la esperanza de que les hiciese brotar el pelo, igual que hacía brotar la hierba. En resumen, habían probado todo remedio animal, vegetal o mineral, sin éxito. Tal vez fuese más eficaz la piel de oso de las cavernas, el animal más peludo que conocían. Sin embargo, los osos cavernarios eran animales muy agresivos y peligrosos, y sólo se cazaban cuando un nuevo jefe llegaba al poder, para que todos pudiesen demostrar su valor. Pero Bid dudaba mucho de que el oso cavemario tuviese éxito donde habían fracasado la tierra y las ortigas.

Bid poseía unos músculos poderosos y duros, grandes masas que se contraían bajo la piel, y cuya fuerza resultaba impresionante. Y, sin embargo, aquellos músculos no podían hacer de él un hombre. Sólo el tiempo y...

De pronto, saltó un conejo y Bid le arrojó un grueso palo, que silbó dando vueltas a ras de suelo e impactó contra el animalillo con enorme fuerza y velocidad. Tenía poca carne y casi nada de grasa, y Bid lo devoró crudo, sin molestarse en encender una hoguera para asarlo: no merecía la pena. Cuando terminó de comérselo, seguía sintiendo hambre, aunque ya no le dolía el estómago.

Apartado de la charca y de sus meditaciones, regresó hacia el árbol donde dejara sus pertenencias. Le bastaba pasar una sola vez por un lugar para no olvidarlo jamás y para ubicarlo en relación con los demás puntos que conocía.

Mientras caminaba, no iba pensando en nada. Los que pensaban al caminar, no vivían mucho. Toda su atención estaba concentrada en los sonidos y olores que traía el aire, en buscar con la vista cualquier temblor en un arbusto que no fuese provocado por el viento y que delatara un predador oculto, en caminar con cuidado para no pisar una víbora y en fijarse en los mil pequeños detalles reveladores de que alguien, o algo, había pasado por allí antes que él. Sin embargo, no era consciente de la intensidad de su atención; simplemente andaba como siempre se había hecho, y siempre se haría, si es que se quería seguir vivo un poco más. Cuando llegó al árbol, volvió a asegurarse de que no había ningún peligro antes de abrir el

hato de piel donde guardaba sus escasas posesiones: una punta de sílex de repuesto para la lanza; una lasca también de sílex para cortar; dentro de una tripa anudada, para que no se humedeciesen con la lluvia o el rocío, un parahúso con un poco de yesca; un puñado de sal en una vejiga de ciervo y, por último, bellotas, muchas bellotas.

- Toma, hijo, al desierto adonde vas no crecen encinas y pasarás hambre -le había dicho su madre. Y, por desgracia, las palabras de Assún, su madre, eran ciertas. A Bid le inundaron sentimientos contradictorios al recordar la despedida. Por un lado, la quería. Ella era la única mujer que le rascaba la espalda, que lo despjojaba, que le sonreía, que lo acariciaba... Pero le irritaba que ella lo mirase sonriendo siempre que él protestaba por el lugar en que le tocaba dormir, en un extremo, sin el calor del resto de la tribu; o cuando se indignaba por el reparto de las presas; o cada vez que él proponía disparatados planes de caza. Bid era el menor de sus hijos y Assún ya había visto cómo los mayores habían vivido aquella rebeldía que desembocaba, inevitablemente, en que un día se apartaban de ella para siempre y marchaban a vivir a una de las tribus vecinas amistosas. Así había sido y así sería siempre: Si un hombre se quedaba en su propia tribu, su madre y sus hermanas ejercían sobre él una autoridad que inhibía sus impulsos agresivos y le impedían escalar en la jerarquía masculina. Además, a las demás mujeres no les atraían mucho los hombres que habían crecido junto a ellas.

Assún ya había visto cómo el hijo de una de sus hermanas se quedaba junto con su madre: había sido un hombre débil y desgraciado, menospreciado por sus compañeros. Assún no estaba segura de si aquel uro lo había matado por accidente o si el desdichado se había arrojado bajo sus cuernos para terminar con una vida de dolor. O quizá sus propios compañeros lo habían dejado morir, porque un débil ponía a todos en peligro. Aunque nunca se dijese y si alguien lo preguntara, todos lo negarían indignados, lo cierto es que los débiles nunca sobrevivían mucho tiempo a los azares de la caza. Ni los jefes impopulares, ni quienes trataban mal a las mujeres, ni quienes abusaban en el reparto de las presas. Todos dependían de sus compañeros para seguir vivos; si durante la caza éstos dudaban un latido de corazón, si no clavaban la lanza en el lugar adecuado, si se apartaban cuando debieran atacar...

Por eso, a pesar de su cariño maternal, Assún no consolaba a Bid. Tenía que irse antes de que le creciera la barba, o nunca lo haría y sería un desgraciado de corta existencia. Incluso lo zahería en lo que más le dolía:

- Bid, no seas niño.

Esto ponía frenético al muchacho que, como todos, quería ser un hombre y mandar en su propia tribu.

También, cuando Bid proponía algo fuera de lo común, ella le respondía:

- No digas eso, que pareces un oscuro.

Lo cual era peor todavía. Ni siquiera los más ancianos de su tribu habían visto nunca un oscuro, y confiaban no verlo jamás. Pero los imaginaban como seres terribles de piel como la noche, malignos y violentos, increíblemente astutos e imprevisibles. Ni siquiera parecían humanos, según relataban los viejos en torno a la hoguera. Y en voz baja explicaban historias aterradoras que, a su vez, les habían contado sus mayores cuando ellos eran pequeños.

A los niños, sus madres les decían: "Si no haces lo que te mando, vendrá un oscuro y te comerá el hígado". No dejaba de ser un tanto paradójico, porque si los niños se apartaban del protector círculo de centinelas que rodeaba el campamento podían ser devorados por un leopardo o por uno de esos sucios cazadores de las tribus del mediodía o de las montañas. Sin embargo, de un leopardo o de un enemigo uno podía sentirse seguro bajo la alargada sombra de una lanza masculina; pero los oscuros acechaban en la noche y en la imaginación, y no había forma de protegerse.

Bid dudaba que existieran. ¿Quién había visto uno? ¿Qué niño había desaparecido sin que huellas o restos mostrasen una causa natural y conocida? Todos decían que los oscuros

habitaban bajo las Montañas Blancas del norte, hacia donde señalan las sombras del mediodía, tras un inhóspito desierto ventoso y un gran río.

- ¿Alguien ha ido allí alguna vez? -se preguntaba Bid- ¿Cómo pueden saberlo, entonces? Desde hacía dos veranos, Mann y él habían planeado una expedición que cruzase el desierto y el Gran Río. Mann era su mejor amigo, el más audaz y leal de sus tres compañeros de edad.

- Volveremos con la piel de uno de esos oscuros, si es que existen. Entonces seremos jefes y todos nos respetarán. Comeremos los mejores bocados y las mujeres nos suplicarán que entremos en ellas, sin pedirnos ni siquiera un cartílago reseco.

Nunca lo harían y ellos lo sabían, aunque no lo reconocieran. Los seres humanos no flotaban y se ahogaban si perdían el pie; un gran río producía un pavor invencible.

- Iremos a principios de otoño, antes de que empiecen las lluvias y cuando los glaciares hayan dejado de deshacerse; así seguro que encontramos un vado -planeaban los dos muchachos, sin querer darse por vencidos.

Un atardecer, cuando todavía no era necesario levantar chozas para dormir, la tribu se estaba acomodando en lechos de hierba seca para pasar la noche. Entonces surgió una disputa por el espacio. Los niños y sus madres dormían en el centro, rodeados por los hombres y, en el exterior, los jóvenes. Por supuesto, los lugares junto a las hembras eran los más codiciados, no sólo porque el calor femenino resultase más agradable para un varón, sino porque a veces podía producirse una cópula furtiva en mitad de la noche, con tal que fuera silenciosa y no molestara a los demás. En cambio, los jóvenes estaban condenados a sufrir el viento y, si despertaban con un deseo ardiente, debían satisfacerse a sí mismos o solicitar el favor a un amigo.

Bid trató de acomodarse en el interior sin que nadie se diera cuenta. Pero Tol, el jefe, lo vio y le dijo:

- Tú, niño, ve fuera y deja las mujeres a los hombres con barbas espesas. No veo que ningún león cavernario te haya arrancado las manos de una dentellada.

La rojiza piel de Bid se encendió aún más de ira y de vergüenza. Toda la tribu había escuchado el insulto.

- ¿Por qué no podemos ser todos iguales y dormir cada uno donde más le apetezca? ¿Por qué las mujeres han de ser sólo para los que tienen barba? ¡Bid es tan fuerte como cualquiera! El jefe estaba acostumbrado a los exabruptos de los jóvenes; pero aquel era más impertinente de lo habitual.

- Hablas como un oscuro -replicó Tol, con un gruñido que quería dar por terminada la discusión.

Bid se mantuvo callado durante unas agitadas respiraciones. Por fin, gritó a su jefe y a los demás adultos:

- ¡Los oscuros no existen y Bid no es un niño al que se pueda asustar con ellos! Para demostrarlo, Bid cruzará el desierto y el Gran Río, y llegará a las Montañas Blancas. ¡Y si existen esos oscuros, entonces Bid traerá la piel de uno de ellos, para que comprobéis si es oscura como vuestra mierda! ¡Es una promesa, por mi lanza y por mi miembro!

Hombres, mujeres y niños callaron estremecidos. Los jóvenes siempre decían tonterías y no se les tenían en cuenta; pero aquello era demasiado incluso para un joven. Tol, el jefe, se volvió irritado, no sólo por el desafío, sino porque mientras discutía con Bid había perdido el sitio junto a la mujer que prefería, y ahora dormiría allí un cazador con demasiada jerarquía como para pedirle que se levantara.

- ¡Joven estúpido! ¡Vete a las Montañas Blancas, a que se te coman los oscuros, y déjanos en paz! ¡No vuelvas si no es con la piel de uno de ellos!

Assún, en el centro de las mujeres, asistió impotente a la discusión. Había llegado el día en que su último hijo marchase de su lado para vivir en una tribu vecina, donde libre de su

madre y de sus hermanas pudiese ser un hombre. No tomó en serio lo que había dicho Bid, porque, como se decía, "promesas de joven son rocío de verano y nieves de primavera". Al día siguiente, Bid recapacitaría y se daría cuenta de que aquello de cruzar el Gran Río era una locura, un sueño juvenil que se desvanecería al despertar. Avergonzado de sus palabras imposibles, se marcharía a otra tribu. ¿Adónde se dirigiría Bid? ¿A la tribu del ocaso o a la del sol naciente? La del sol naciente poseía buenos cazaderos, pero en el territorio del ocaso había varias cuevas muy confortables para refugiarse durante el invierno. Decidió aconsejarle la del ocaso: últimamente, los inviernos habían sido más crudos de lo habitual. ¿O tal vez se estaba haciendo vieja y sus huesos sentían más el frío?

Al amanecer, para sorpresa de Assún, Bid seguía perseverando en su disparatado propósito:

- Pero hijo, es una locura. Vete a otra tribu, allí nadie te conoce. En la tribu del ocaso tienes a dos hermanos que te acogerán y sus cuevas son..

- Madre, Bid ha hecho la promesa de la lanza y del miembro. Ha de cumplirla o la vergüenza le perseguirá durante toda la vida.

- Nadie sensato toma en cuenta los gruñidos de un cachorro irritado que exige su puesto en la manada. Hazme caso y dirígete a la tribu del sol naciente.

- No, madre, el que quiere ser un hombre, debe cumplir sus promesas de hombre.

- ¿Sabes lo que te aguarda? Un desierto con sólo sabinas y pinos, árboles estériles que no dan frutos. Lomas azotadas por el viento sin buenos lugares para acorralar una presa. Y a lo largo de los ríos, pantanos, mosquitos y fiebres.

Pero Bid no cedió. Con un suspiro, Assún le entregó una bolsa de cuero llena de bellotas:

- Te hará falta. Baja a los ríos sólo para beber y no duermas junto a ellos, para evitar los mosquitos, las fiebres y las fieras. Tampoco camines por sus orillas: la vegetación te impedirá avanzar. Muévete entre su cauce y las colinas que lo bordean: por allí es más fácil el paso y no será tan peligroso.

Así le hablaba Assún, dándole consejos que todos sabían, hasta que Bid se despidió con un cariñoso mordisco en la mejilla. Se sorprendió al ver que su madre lloraba. Él creía que marchaba hacia la fama y el poder, y sus hazañas serían conocidas en todas las tribus; su madre, en cambio, estaba convencida de que se encaminaba a la muerte.

- Ten cuidado.

Para sorpresa de Bid, su amigo Mann se echó atrás:

- Es que su madre ha convencido a Mann de que vaya a la tribu del sol naciente, allí las presas son abundantes y podrá convertirse en un gran cazador -dijo Mann.

- ¡Pero Bid contaba contigo! ¡Estamos a principio de otoño, la época mejor para cruzar el Gran Río! ¡Es ahora o nunca! -replicó Bid.

Mann calló, avergonzado, mientras removía los pies en el polvo y miraba hacia otro lado. Bid no lo acusó de cobarde porque eran amigos; pero no pudo por menos que sentirse desilusionado con su compañero, con quien tantos juegos y aventuras había compartido desde la infancia.

Bid comprendió que era una locura emprender la aventura sin compañía. Se sintió tentado a renunciar, a ser razonable, a hacer lo que todos. ¿Pero podía abandonar sus sueños sin perder también la ilusión de vivir?

Había iniciado un sendero y debía llegar hasta el final. Si triunfaba, podría asir a Tol de su barba, de la que tan orgulloso se sentía, y arrastrarlo por el barro. Así él sería el nuevo jefe, un jefe barbilampiño, pero con una hazaña inigualable que nunca se borraría de la memoria de la tribu. Su madre recibiría los mejores pedazos en el reparto de comida, a pesar de que su piel y sus pechos ya no eran tersos y no gozaba del favor de los cazadores. Y...

- Le acompañes o no, Bid ha decidido cruzar el Gran Río -aseguró Bid-. Cuando tú mueras, los buitres comerán tu carne, mientras que la tribu se alimentará con la mía, para que mi valor

no se pierda; y las hienas quebrarán tus huesos, mientras los míos estarán enterrados en una de nuestras cuevas, para que los niños de generaciones venideras jueguen sobre ellos durante el invierno.

Bid volvió a la realidad y dejó de lado los recuerdos. Ahora quedaban muy lejos las fanfarronadas y los proyectos, la ira y el deseo de poder, el pasado y el futuro. Ahora se acercaba la noche.

Buscó un árbol lejos del pequeño río que lo guiaba, para evitar los mosquitos, las fiebres y las fieras, como le había aconsejado su madre. Necesitaba una horquilla bastante alejada del suelo, sin hormigas y que tuviese la inclinación precisa. Cuando la encontró, colgó cerca la piel curtida que contenía las bellotas y los útiles, y se puso a trabajar con el cuchillo, cortando las ramitas y alisando las rugosidades que molestaban. Luego amontonó un poco de follaje para amortiguar la dureza de la madera.

Se acomodó en su improvisado lecho justo cuando ya anochecía. No estaba mal... para ser un árbol. Podría dormir un poco. Orinó sin bajarse, para que el acre olor a orines disimulase el suyo propio y las fieras no lo localizasen; dejó la lanza al alcance de la mano y, con un bostezo, permitió que el sueño se apoderara de él. Su último pensamiento fue para su amigo Mann, que ahora estaría descansando con su nueva tribu sobre un blando lecho de hierba seca.

- Que se acuesten sobre mierda Mann y todas las tribus -musitó.

Durmió bastante bien. No tan profundo como para dejar de escuchar los ruidos que llegaban hasta él en el silencio de la noche: los aullidos de los lobos, los rugidos de los leones cavernarios, los gañidos de las hienas. Pero sólo una vez estuvo en peligro, cuando escuchó unas sigilosas pisadas que rompían las ramitas que él había distribuido en torno al árbol.

Contuvo la respiración hasta hacerla imperceptible. Por suerte, el leopardo pasó a favor del viento y no detectó a Bid, que ya se preparaba para luchar por su vida. Aquella sombra se desvaneció como vino y Bid volvió a dormirse, aunque sin soltar su lanza.

Se despertó ya del todo con el frío que precede al amanecer, dolorido por la postura forzada, aunque continuó descansando. Bajar del árbol en plena noche resultaba imprudente.

Para no seguir recordando lo que había dejado atrás, se distrajo escuchando los sonidos de la vida. Los sentía casi como si los viese: a lo lejos, dos leones cavernarios luchaban por los favores de una hembra; más cerca, los aullidos de los lobos indicaban que ya habían comido y que cantaban a la luna por puro placer; debajo mismo del árbol, una comadreja husmeaba buscando presas. Por cómo se movía no había tenido suerte aquella noche. Durante un rato, un jabalí hocicó el suelo buscando raíces y hongos. A Bid se le hizo la boca agua, pero aquella carne resultaba inaccesible.

Cuando por fin el sol devolvió los colores al mundo, Bid se desperezó, examinó el contorno por si algo había escapado a su nariz y a sus oídos, y bajó del árbol.

Tenía sed, pero hasta mediodía no pensaba acercarse a beber al río. Los abrevaderos eran un lugar muy peligroso al amanecer. Tomó su hato y su lanza, y retomó el camino.

Todavía no había llegado el momento apropiado para beber, cuando coronó una colina y vio el Gran Río. Parecía inmenso, mayor de lo que había imaginado. A su lado, el río cuyo cauce lo había guiado hasta aquel momento era como una fila de hormigas. Desembocaba en el Gran Río, entre pantanos y lagunas, casi en el mismo lugar donde lo hacía otro que llegaba de las Montañas Blancas.

- La encrucijada de los tres ríos... -se dijo Bid, mirando asombrado el paisaje.

Nunca había visto tanta agua. ¿Cómo cruzaría al otro lado? En el fondo, había creído que el Gran Río era una leyenda, como la gente oscura, y que sería un río como los que conocía, quizás algo mayor, pero vadeable.

Se rascó la cabeza. No podía desanimarse ahora. Ya había llegado más lejos que nadie de su

tribu. Estaba decidido: se acercaría a la orilla y allí buscaría un paso.

Cuando bajó de las colinas, una tupida maraña de arbustos, zarzas y pantanos le obstaculizó el paso; pero Bid siguió adelante. Detrás de cada matorral podía esconderse un león cavernario, cada ciénaga que cruzaba podía absorberlo para siempre. No le importaba, ya no. Cuando por fin alcanzó la orilla, volvió a sentir el desaliento. Nunca encontraría un vado, aquella cantidad de agua era impresionante y lo empavorecía.

Durante dos días, anduvo por aquellas peligrosas orillas, hasta que encontró un lugar que parecía, sólo parecía, no llegarle a cubrir. Cortó unas brazadas de juncos, las ató entre sí en un gran haz y, con mucha prudencia, comprobó que eran capaces de mantenerle a flote.

Luego, apoyándose en la lanza con una mano y aferrándose con la otra a los juncos, comenzó a cruzar. Temblaba de miedo, pero cuando sentía deseos de regresar vencido a su tribu, se acordaba de Tol, su jefe, de su madre Assún, de las mujeres y de todas las ofensas reales o imaginarias que había sufrido.

Sus pies se hundían en el fango, como si el río fuese una serpiente que no quiere soltar su presa, y tenía que realizar un gran esfuerzo para avanzar un paso más. Por dos veces pisó una resbaladiza piedra que le hizo caer, y sin duda se habría ahogado si no hubiese sido por el haz de juncos, que le salvó la vida.

Ya faltaba poco para terminar la aterradora travesía cuando la corriente lo venció. Al tratar de volver a hacer pie, comprobó espantado que resultaba imposible y que ahora él y su haz de juncos eran como una brizna de hierba arrastrada por un torrente. No quería morir ahogado, no así, no tan pronto.

Por fortuna, la fuerza del agua lo depositó en el lado exterior de un meandro, en la orilla que había tratado de alcanzar. Si lo hubiese devuelto a la margen del sol de mediodía, no habría tenido valor para volver a intentarlo y habría vuelto a su tribu vencido y deshonorado.

Ya a salvo, no pudo ponerse en pie y se desplomó agotado por el miedo y el cansancio. ¡Lo había conseguido! ¿Qué cazador, por mucha barba que tuviera, había realizado una hazaña semejante? ¡No sólo había conseguido alcanzar el Gran Río, atravesando un inhóspito desierto sin encinas, sino que había descubierto la forma de cruzarlo!

Cuando se repuso, caminó siguiendo el curso natural del Gran Río, buscando llegar al río que parecía provenir de las Montañas Blancas, para que su cauce le guiase hacia ellas. Y, entonces, la vio.

Justo donde se cruzaban los tres ríos, estaba ella. Una oscura que miraba ensimismada el agua.

Bid se detuvo al instante y se agazapó tras unos arbustos. ¿Cómo no le había oído ella, si la brisa soplaba en su dirección? Claro que tras tanto rato en el agua, su olor masculino se habría desvanecido; Bid sonrió imaginándose a su madre olfateándolo y diciendo que no parecía un hombre, sino una piedra o, como mucho, un bebé recién lamido. Examinó de nuevo a la oscura, asomando sólo un ojo por el lado del arbusto, para que no se recortara la silueta de su cabeza. ¡Si casi no tenía narices! ¿Cómo iba a olerle, con agua o sin agua? ¿Tal vez era deforme? Pero a los niños deformes se les mataba nada más nacer. ¿Quizá los oscuros no lo hacían? ¿Y si eran así todos los oscuros? ¡Imposible! ¿Sobrevivir sin percibir los olores del peligro?

Bid se apartó y exploró los alrededores hasta estar seguro de que no había hombres cerca. El olor de un fuego lejano le indicó dónde se encontraban. Magnífico. Aunque ella gritase, no la oirían y, además, era imposible que llegasen a tiempo de salvarla..

Volvió a aproximarse hacia la espalda de la mujer, sin preocuparse del viento. Con aquellas minúsculas narices, no había de qué precaverse. Cuando estaba a pocos pasos, tomó la lanza y tensó los músculos para saltar sobre ella y clavarle la afilada punta de sílex en el corazón.

Ella, ignorante de la muerte que la acechaba, parecía hablar sola y acariciaba el agua.

Bid se dio cuenta de que estaba babeando y se limpió la saliva con el dorso de la mano.
Acababa de acordarse de que tenía hambre. Mucha hambre.